

---

## CONSTANTINOPLA FUTURA.

---

Este pensamiento me asaltaba á menudo, contemplando á Constantinopla desde el puente de la Sultana Validé. ¡Qué será de esta ciudad dentro de uno ó dos siglos, aunque los turcos no hayan sido arrojados de Europa? ¡Ay de mí! El gran holocausto de la belleza á la civilizacion se habrá consumado ya.

Yo veo esta Constantinopla futura, esta Londres de Oriente, que levantará su amenazadora y triple majestad sobre las ruinas de la más risueña ciudad de la tierra. Las colinas serán desmontadas, los bosques talados, las casillas multicolores demolidas. El horizonte será cortado por todas partes por las extensas líneas rígidas de los palacios, de las casas de obreros y de los talleres, en medio á los cuales se erguirán millares de chimeneas altísimas, de oficinas y de piramidales remates de campanarios; largas calles, rectas y uniformes dividirán á Stambul en diez mil enormes parale-

lepípedos; los hilos del telégrafo se cruzarán como inmensa tela de araña sobre la cabeza de la ciudad rumorosa; sobre el puente de la Sultana Validé, no se verá más que un torrente negro de sombreros de copa y de hongos; la colina misteriosa del Serrallo se convertirá en jardín zoológico; el castillo de las Siete Torres, en presidio; el Ebdomón, en museo de historia natural; todo será sólido, geométrico, útil, gris y oscuro, é inmensa nube confusa velará perpétuamente el bello cielo de Tracia, al que no se levantarán ni ardientes oraciones, ni ojos enamorados, ni cantos de poeta...

Cuando esta imágen se me presenta, siento un estremecimiento en el corazón, pero después me consuelo pensando:—Quién sabe si alguna esposa italiana del siglo XXI, viniendo aquí durante su viaje de novia, exclamará alguna vez:— «¡Qué lástima! ¡Qué lástima que Constantinopla no sea ahora como la describe aquel viejo libro ajado, del año mil ochocientos ochenta y tres, que encontré por casualidad en el fondo del armario de mi abuela!»

## LOS PERROS.

Y entonces habrá desaparecido también de Constantinopla una de sus curiosidades más curiosas: los perros.

Aquí quiero dejar correr un poco la pluma, porque el argumento lo merece.

Constantinopla es una inmensa perrera: todos se penetran de ello apenas llegan.

Los perros constituyen una segunda población de la ciudad, menos numerosa, pero no menos extraña que la primera.

Todos saben cuánto los aman y les protegen los turcos. No he podido averiguar si lo hacen por el sentimiento de caridad que recomienda el Corán, aún hacia las bestias, ó porque les creen como á ciertos pájaros, mensajeros de la fortuna, ó porque los amaba el Profeta, ó porque, según lo consignan sus sagradas leyendas, Mahomet el Conquistador venia seguido de un crecido estado mayor canino, que entró triunfante con él por la brecha de la puerta de San Roman.

El hecho es que les tienen simpatía, que muchos turcos dejan en su testamento sumas de consideración para su alimento, y que cuando el Sultan Abdul-Mejid les hizo llevar todos á la isla de Mármara, el pueblo murmuró, y cuando volvieron, los recibió con fiestas, y el gobierno, por no provocar conflictos, los dejó en paz para siempre.

Pero como el perro, según el Corán, es un animal inmundado, y todo turco hospedándolo creería contaminar la casa, ninguno de los innumerables perros de Constantinopla tiene dueño.

Forman todos juntos una gran república de vagabundos liberales, sin collar, sin nombre, sin oficio, sin casa y sin leyes. Todo lo hacen en la calle; allí escavan pequeños hoyos, allí duermen, allí comen, allí se esconden, allí crían á sus hijos y allí mueren; y nadie, al ménos en Stambul, les estorba en sus ocupaciones y en su reposo. Son los dueños de la vía pública.

En nuestras poblaciones, es el perro el que se aparta para dejar pasar á los caballos y á la gente. Aquí es la gente, son los caballos, los camellos, los asnos, los que dan una gran vuelta para no pisar á los perros.

En los sitios más frecuentados de Stambul, cuatro ó cinco perros echados y dormidos en el centro de la calle, hacen girar á su alrededor, por espacio de medio día, á toda la población de un barrio. Y lo propio sucede en Pera y Galata, aun-

que aquí ya no se les deja en paz por respeto, sino porque son tantos, que á quererlos separar de debajo de los piés, era preciso no hacer otra cosa que ir dando puntapiés y repartiendo palos desde que uno sale hasta que vuelve á casa.

A duras penas se mueven, cuando en medio de la calle ven llegar en dirección á ellos una carroza que vá como el viento y no tiene tiempo para desviarse. Entonces se levantan, pero no antes del último momento, cuando tienen los cascos del caballo á un dedo de la cabeza, y trasportan pausadamente su pereza, cuatro dedos más lejos; lo estrictamente necesario para salvar la vida.

La pereza es el rasgo canino característico de estos animales en Constantinopla. Se acurrucan en medio de la calle, cinco, seis, diez, en fila ó en círculo, amontonados de manera que no parecen bestias, sino montón de estiércol, y allí pasan durmiendo el día entero, entre un vaiven continuo y un estrépito ensordecedor, y ni el agua, ni el sol, ni el frío, les despierta.

Cuando nieva, continúan bajo la nieve; cuando llueve, quedan sumergidos en el barro, hasta que les cubre la cabeza; tanto, que después al levantarse parecen perros rebozados en fango y no se les distingue, ni ojos, ni orejas, ni hocico.

En Pera y en Galata son, sin embargo, ménos indolentes que en Stambul, porque encuentran con ménos facilidad la comida. En Stambul

están á pension, en Pera y Galata comen á la *carta*. Son las escobas vivientes de la calle.

Lo que rechazan los cerdos, para ellos es golosina; fuera de las piedras, comen todo y apenas tienen el cuerpo repleto lo bastante para no morir, vuelven á hacer la rosca en el suelo y á dormirse hasta tanto que el hambre los despierta nuevamente.

Duermen casi siempre en el mismo sitio. La poblacion canina de Constantinopla está dividida por cuarteles como la poblacion humana. Cada barrio, cada calle, está habitada, ó mejor, es poseida por cierto número de perros, parientes y amigos que no se alejan nunca y no dejan penetrar á los forasteros. Ejercen una especie de servicio de policía. Tienen su cuerpo de guardia, sus puestos avanzados, sus centinelas; hacen rondas y exploraciones. ¡Ay, si un perro de otro barrio se arriesga en los dominios de sus vecinos! Una turba de perrazos incomodados cae sobre él, y si lo coje, dá fin á su vida: si no puede cojerlo, le sigue rabiosamente hasta el confin del barrio. Hasta el confin tan solo, pero nunca más allá: el país enemigo es casi siempre temido y respetado.

No puede formarse una idea de las batallas y de los desórdenes á que dá lugar un hueso, una *bella* ó una violacion del territorio. A cada paso se ve un tropel de perros liarse furiosamente en intrincado y confuso grupo y desaparecer entre

nubes de polvo, lanzando ladridos capaces de lastimar los oidos á un sordo; despues, el grupo se disuelve, y á través de la polvareda, se ven extendidas sobre el terreno las víctimas de la colision.

Amores, celos, duelos, sangre, piernas rotas y orejas heridas, son la ocupacion de cada instante. A veces se revuelven tanto y hacen tales diabluras ante una tienda, que el comerciante y los dependientes se ven obligados á armarse de trancas y de sillas y á hacer una salida militar en toda regla para limpiar la calle, construyendo una barricada; y entonces se sienten resonar cabezas, espaldas y barrigas y ladridos que lleva el viento á largas distancias.

En Pera y en Galata en especial, aquellas pobres bestias son tan desgraciadas, están tan habituadas á recibir golpes, que cada vez que ven un palo, solo al sentir chocar sobre el empedrado un baston ó una sombrilla, escapan ó se preparan para escapar; y aun cuando parezca que duermen, tienen casi siempre un ojo entreabierto, un punto imperceptible de pupila con el cual siguen atentamente durante un cuarto de hora, y á cualquier distancia, todos los más ligeros movimientos de cualquier objeto que tenga apariencias de baston. Y están tan poco acostumbrados á tratamientos humanos, que basta, al pasar, acariciar á uno, para que otros diez acudan saltando, gruñendo y

moviendo la cola, y acompañen al protector generoso al extremo de la calle con los ojos resplandecientes de gozo y de gratitud.

La condicion de un perro de Pera ó Galata es peor, sin duda, que la de una araña en Holanda, que es el sér más perseguido de todo el reino animal. No se puede, al verlas, dejar de creer que existan para ellas compensaciones despues de la muerte.

Esto, como tantas otras cosas en Constantinopla, me trae una reminiscencia histórica que encierra amarga ironía: ¡ah, los perros de las cacerías famosas de Bayaceto, corrían por las florestas imperiales del Olimpo, con gualdrapas de púrpura y collares de perlas! ¡Qué diversidad de condiciones sociales! Su suerte infeliz depende en parte de su fealdad.

Son casi todos perros de la raza del mastin ó de los perros-lobos, y tienen algo del lobo y de la zorra; ó mejor dicho, no tienen nada de ellos. Son productos horribles de cruzamientos fortuitos, pintados de colores chillones, de la altura del perro llamado perro de carnicero, y tan flacos, que se pueden contar sus costillas á veinte pasos.

La mayor parte, además de su delgadez, están reducidos por las luchas á tal estado, que si no se les viese caminar, se tomarían por carcamales de perros martirizados.

Véanse algunos rabones, con las orejas corta-

das, con el lomo pelado, con el cuello lleno de cicatrices, tuertos, ciegos, zambos de dos patas, cubiertos de usagre y devorados por las moscas; reducidos al último término á que puede verse reducido un perro viviente: ¡vera efigie del hambre, de la guerra y de la Vénus vagabunda!

La cola puede decirse que es prenda de lujo; rarísimos perros de Constantinopla la conservan entera más de dos meses de vida pública. ¡Pobres bestias! despertarían compasion en un corazón de piedra; sin embargo, se ven algunas veces cortados y dibujados de tan extraña manera, caminar con ciertos movimientos oscilantes, tan abandonados, con cierta vacilacion tan grotesca, que no se puede contener la risa.

Y no es el hambre, ni la guerra, ni los golpes su peor castigo; estriba en el uso cruel, inventado de algún tiempo á esta parte en Galata y Pera. A menudo por la noche los pacíficos peranos se despiertan en su lecho por endiablados ladridos, y asomándose á las ventanas, ven en la calle espantosa danza de perros que dan saltos altísimos y se revuelven furiosamente y se pegan cabezadas contra las paredes; por la mañana, la calle está cubierta de cadáveres. Es el doctor ó el boticario del barrio, que teniendo la costumbre de estudiar de noche, y no queriendo ser estorbado por los perros, se procuran una semana de silencio con una distribucion de estriecinina.

Esta y otras razones hacen que el número de los perros disminuya continuamente en Pera y Galata. Pero ¿qué importa? En tanto, en Stambul crecen y se multiplican, hasta que no encontrando bastante alimento en la ciudad turca, emigran poco á poco á la otra ribera y reemplazan en la familia exterminada todas las bajas que han hecho las batallas, la carestía y el veneno.

## LOS EUNUCOS.

Pero hay otros seres en Constantinopla más dignos de compasion que los perros: los eunucos.

Los eunucos, introducidos entre los turcos, á pesar de los terminantes preceptos del Coran que condena esta infame degradacion de la naturaleza, subsisten aún contra leyes recientes prohibitivas de su tráfico, por ser más fuerte que la ley la inícuca avidéz de dinero que hace cometer el delito y el despiadado egoismo que se aprovecha de la inícuca obra.

Estos desgraciados se encuentran á cada paso en las calles, de igual suerte que se les halla en cada página de la historia. En el fondo de cada cuadro histórico de Turquía, campea una de estas figuras siniestras con la hoja de un puñal en la mano, durante las conjuraciones, ó cubierto de oro, ó bañado en sangre, víctima ó favorito ó verdugo oculto y formidable, de pié, á la sombra del trono como un espectro, ó asomado á las rendijas de puertas misteriosas.